



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

JORNADA AYER Y TIEMPO DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES HOY, MAÑANA Y SIEMPRE

El domingo del Buen Pastor nos ha ofrecido a todos la posibilidad de conocer los grandes valores de entrega total a Dios en la oración y el sacrificio que encierra la vida. Sus orígenes arrancan, de alguna manera, de los tiempos anteriores al cristianismo, pero este género de vida fue puesto en vigor, con sabiduría nueva, en los primeros siglos de la Iglesia.

Los desiertos solitarios de oriente se poblaron entonces de monjes sedientos de Dios, que acariciaban un ideal de santidad cimentado en la entraña misma del Evangelio. Se afianzó después esta práctica de vida austera con ímpetu nuevo, que se mantiene a través de los siglos por quienes quieren seguir de cerca los pasos de Jesucristo.

Frutos producidos en todos los tiempos son una floración espléndida de santos, muchos de ellos reconocidos oficialmente por la Iglesia e inscritos, por lo mismo, en el catálogo de los bienaventurados. Son, sin embargo, una minoría, si se comparan con los millones de almas que escogieron este camino estrecho que conduce tan directamente al cielo y que también llegaron a la meta.

La Iglesia de Dios, agobiada en ocasiones por problemas urgentes de toda índole, ha encontrado en los religiosos y religiosas un punto de apoyo fuerte, un medio excelente de contrarrestar los grandes males que la han

aflicto, y que siguen marcándola en el momento actual. De ahí que podamos decir con todo derecho, hoy como ayer, que nuestros ojos están fijos en los contemplativos, porque ellos son el corazón de la misma Iglesia, cuerpo de Cristo. Corazón que purifica, oxigena y bombea la sangre que riega todo el organismo.

Santa Teresa del Niño Jesús

Aunque todos los santos lo advirtieron y trataron de vivir en esta sintonía, quizá ninguno haya ofrecido tanta luz en este campo como la insigne doctora de la Iglesia Teresa del Niño Jesús. En sus ratos de meditación a los pies de Jesús sacramentado fue fijándose en los distintos miembros que configuran el cuerpo místico de la Iglesia. “Como en un único cuerpo, escribe san Pablo, tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma tarea, así todos somos un único cuerpo en Cristo y, por lo que toca a cada uno, miembros unos de otros” (Rm 12,4). Como su vida religiosa, alejada del mundo no se ajustaba a dichos miembros, por considerarse pequeña e insignificante, al advertir que albergaba un corazón ardiente de amor a Cristo y a su Iglesia, sintió la inspiración de ser útil, a Cristo y a la Iglesia, en aquel estado de inutilidad, que apenas le permitía cargar con el peso de la observancia, por sus enfermedades, ¿Cómo?: “La caridad, responde, el amor me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltar el más necesario y el más noble de todos los órganos. Comprendí que también ella tenía un corazón, y que éste debía estar abrasado en amor. Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo. Entonces, en el exceso de mi delirante gozo, exclamé: ¡Oh Jesús, amor mío, mi vocación es el amor! Sí, he encontrado mi puesto en el seno de la Iglesia, y este puesto, Dios mío, Vos me lo disteis: **en el corazón de la Iglesia mi Madre yo seré el amor**”. Magnífico descubrimiento, que ha servido de luz radiante para que tantas almas contemplativas sigan de cerca este sendero, el camino de la infancia espiritual. Al considerarse, también ellas, corazón de la Iglesia, se interesan más y mejor por los problemas que afectan a esta Iglesia Madre.

Este ideal maravilloso, sin duda alguna, sirvió al Papa Pablo VI para enmarcar este foco de luz en hombres y mujeres contemplativos. El 2 de febrero de 1966, al entregar a las religiosas de vida contemplativa los cirios bendecidos ese día, precisó: “Queremos que estas islas de soledad, penitencia y meditación sepan, por este gesto simbólico, que lejos de estar olvidados y alejados de la comunión de la Iglesia de Dios, constituyen su corazón, alimentan su riqueza espiritual, subliman su oración, sostienen su caridad, comparten sus sufrimientos, sus fatigas, su apostolado, sus esperanzas y acrecientan sus méritos”.

Estamos, pues, ante un reto de suma trascendencia y en la urgente necesidad de salir en defensa de ese género de vida, queriendo estimular a cuantos la viven, y fomentando en todos una estima grande por ella. Es un don recibido del cielo que sigue siendo fecundo para todos. Pedimos, por lo mismo, que abunden las vocaciones para seguir ofreciendo a la Iglesia una ayuda tan necesaria. También así se mantiene la fe en el pueblo, pues son formidables los enemigos que trabajan en desarraigarla, deshaciendo la familia cristiana. Nos duele, por eso, la crisis profunda que afecta a muchos monasterios obligados a cerrar sus puertas por la situación en que se encuentran. Estas decisiones suponen una pérdida enorme.

España, que se gloriaba de ser el país con mayor desarrollo de vida consagrada, pasa en este momento, en algunas latitudes, por un momento de prueba, “de dura visitación del Señor”. Puede ser que se mantenga todavía esta primacía, pero no cerremos los ojos a la realidad y fijemos nuestra mirada en los monasterios que necesitan contar con savia nueva.

Algunas comunidades se van sosteniendo merced a la ayuda que prestan otras naciones hermanas en las que el problema de la natalidad no es tan grave. Contamos con la ayuda de vocaciones de jóvenes extranjeras. Algunos se lamentan de que dejen sus tierras para venir a nuestra nación, con otro ambiente y costumbres distintas. Caigamos en la cuenta de que el cristianismo es la religión del amor, que propugna conocernos y amarnos todos como hermanos. La mayoría de estas vocaciones proceden de

Hispanoamérica, evangelizada por nuestros misioneros. Ahora sucede a la inversa, ellos prestan un servicio a nuestros monasterios y conventos, facilitándoles jóvenes que mantienen el ritmo de vida consagrada, hasta que vuelva a consolidarse en España la familia cristiana, vivero fecundo de vocaciones, también a la vida contemplativa.

Respuesta sin reservas

Bellamente lo ha expresado, el pasado mes de febrero, nuestro querido Papa Benedicto XVI. Pensaba en ese preciso momento en los consagrados y consagradas de vida activa y contemplativa. En todos. Y se manifestaba más esperanzador que nadie: “No olvidéis nunca, decía, que la vida consagrada es don divino y que es en primer lugar el Señor quien la lleva a buen fin según sus proyectos. Esta certeza de que el Señor nos lleva a buen fin, a pesar de nuestras debilidades, debe servirnos de consuelo, preservándonos de la tentación del desaliento frente a las inevitables dificultades de la vida y a los múltiples desafíos de la época moderna.

En efecto, en los tiempos difíciles que estamos viviendo, no pocos institutos pueden sentir una sensación de desconcierto por las debilidades que perciben en su interior y por los muchos obstáculos que encuentran para llevar a cabo su misión...

En la contemplación y en la actividad, en la soledad y en la fraternidad, en el servicio a los pobres y a los últimos, en el acompañamiento personal y en los areópagos modernos, estad dispuestos a proclamar y testimoniar que Dios es Amor, que es dulce amarlo”...

“Seguir a Cristo para siempre, de modo íntimo y total”, sigue valiendo la pena.



+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante
Presidente del Instituto Pontificio CLAUNE